



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

LA EXPERIENCIA METAFÍSICA¹

ÁNGEL VASALLO

LA NECESIDAD METAFÍSICA, EXIGENCIA RACIONAL.

Alguna se ha dicho que el hombre es un animal metafísico. No contamos aquellos para quienes todo ser, todo conocer y todo apetecer es vano e insípido, si de algún modo no trasciende a metafísica. El caso es que muchos de esos que no quieren oír hablar de "la cosa, ciencia o sofisma, que se llama metafísica" admiten como posible, aunque no siempre la tengan como laudable, una necesidad metafísica en el hombre. Desde su cómoda posición antimetafísica subscriben generosamente la distinción que hace Kant entre una "metafísica natural", o necesidad metafísica, y una "metafísica como ciencia". De lo que resulta que mientras la metafísica como ciencia sale de la filosofía kantiana para un destierro a perpetuidad, la necesidad metafísica, en cambio, es tolerada y hasta "legitimada", bien que sometida a continua vigilancia. (No vaya a ser cosa que de pronto y por sorpresa a la necesidad metafísica le sobrevenga la ilusión, que es su debilidad específica, de sentirse ciencia; no sea que por mucho anhelar, lo mucho anhelado se tome como verdad y realidad).

Se ha descrito la necesidad metafísica del hombre (y es sin duda una descripción muy profunda) como una exigencia propia de la razón, la exigencia que la razón experimenta, inherente a su misma esencia, de ampliar y completar el conocimiento siempre imperfecto e incompleto que nos proporcionan de la realidad la percepción y

¹ Publicado originalmente en *La Nación*, Buenos Aires, Septiembre de 1945.

la inteligencia; o con las palabras simples y claras de Schopenhauer, la exigencia de “un supuesto modo de conocer que va más allá de las posibilidades de la experiencia, es decir de la naturaleza, para dar una solución, cualquiera sea su sentido, a los problemas de esa naturaleza; o en términos más vulgares, trata de descubrir lo que hay detrás de la naturaleza y qué es lo que la hace posible”.

Es Kant el clásico de esta descripción e interpretación de la necesidad metafísica. Al formularla, sabe que confiere una voz a toda la tradición especulativa de Occidente. Y por más que Kant haya negado la posibilidad de la metafísica como ciencia (es decir ha negado que la exigencia del saber absoluto implicada en la necesidad metafísica se pueda realizar en un conocimiento que tenga validez y verdad), con todo, tuvo por legítima la necesidad metafísica, y por eso la denominó metafísica natural, *metaphysica naturalis*: reconoció en ella una exigencia que se origina, natural y necesariamente, en la estructura de la razón. Conforme con una interpretación así, la necesidad metafísica viene a ser una necesidad de naturaleza estrictamente racional, una exigencia que nace y se despliega con forzosidad en el funcionamiento del artefacto pensante del hombre.

Esta manera de entender la necesidad metafísica y la indefectible gallardía con que ha intentado satisfacerla en una metafísica racional es una de las más puras dimensiones de grandeza de la conciencia occidental. Pero, sin entrar a apreciar la exactitud de esa interpretación y aún en la suposición de que en definitiva pueda ser verdadera, hay muchas probabilidades de que ella no sea descripción de un hecho primitivo, sino la traducción al lenguaje de la razón (y aun de cierta razón) de una *experiencia* metafísica originaria.

LA EXPERIENCIA METAFISICA.

Si el hombre fuese pura razón, nada más que razón, viviría en una contemplación satisfecha y bienaventurada, sin saber ni inquietarse de límites. El ser algo más (o mejor, algo menos) que pura razón constituye al hombre en un ser finito, y por serlo, en cuanto ser finito, un planteador de problemas, y en primer término, un ente a quien le es dado verse convertido él mismo en viviente problema. Por eso dice Platón (sabiendo bien lo que se decía) que los dioses no filosofan. Por ser finito es por lo que el hombre filosofa, por ser finito puede tener una *experiencia* metafísica.

Por más que esta experiencia aparece como una experiencia privilegiada, ni común ni cotidiana, es, sin embargo, una experiencia universal; en todos los tiempos aquellos que la han vivido la describen en términos muy semejantes. Como una descripción *media* de la experiencia metafísica, es decir una descripción templada, pero claramente definitoria, se puede señalar la de Schopenhauer: “Excepción hecha del hombre, ningún ser se asombra de su propia existencia; para todos los demás

animales, ésta es una cosa que se comprende por sí misma... En el estado natural de conciencia, el hombre se considera a sí mismo como algo que se entiende por sí solo. Pero este estado no perdura; pronto, en el momento en que empieza a reflexionar, se manifiesta en él ese asombro ante el enigma del mundo, asombro del que necesariamente nace la metafísica... La propensión filosófica nos lleva asimismo a asombrarnos de cosas habituales y diarias... Cuanto más vulgar es el hombre, menos enigmático le parece el mundo; todo lo que existe y tal como existe le parece que se explica por sí solo... Cuanto más clara y reflexiva es la conciencia, más se le impone este problema. En los cerebros organizados para los trabajos filosóficos ese estado se aguja hasta el *mirari, valde philosophicus af-fectus*, es decir hasta ese asombro que abarca en toda su extensión un problema que ocupa sin cesar a los espíritus superiores de todos los tiempos y países. En efecto, la agitación que mantiene la incesante marcha del reloj meta-físico procede de la conciencia de que tan posible es la no existencia del mundo como su existencia... El asombro filosófico es, pues, en el fondo consternación y turbación. La filosofía empieza, como la obertura de "Don Juan", por "un acorde en tono menor". ("E mundo como voluntad y representación", apéndice XVII, I).

Se puede considerar como típica esta descripción, porque, aunque pueda haberlas mejores, en ésta la experiencia metafísica, conservando la frescura y el carácter inmediato de experiencia, se formula con la sobriedad y templanza habitual en los filósofos, es decir discretamente intelectualizada: todo lo cual le confiere valor de canon en que las variedades de la experiencia metafísica podrían reconocerse.

Pero la experiencia metafísica no es exclusiva del filósofo. Más todavía: es dudoso que a muchos a quienes se les concede el nombre de tales la conozcan de otro modo que de oídas, si a tanto llegan. Lo que no quiere decir, como es natural, que la experiencia metafísica no pertenezca al verdadero filósofo: tanto es propia del verdadero filósofo que para mí (y creo que también para la historia de la filosofía) lo mismo da decir verdadero filósofo que metafísico, o por lo menos que el verdadero filósofo es primariamente un metafísico.

Decíamos, pues, que la experiencia metafísica es vivida también por quienes no son filósofos, lo que depone en favor de la universalidad de esta experiencia. Es así como le puede suceder al místico, al inquisidor y cronista de su propia alma, y al mismo poeta. Invocamos aquí el testimonio de estos dos últimos: hondura y desmesura donde sólo se esperarían las pobreza de la mera subjetividad.

TESTIMONIOS, Y UNA ESPECIE DE SABER DE SALVACION

En el *Diario* de Amiel encuentro este pasaje: "No hallo palabras para expresar lo que siento... Un recogimiento profundo se hace en mí, oigo latir mi corazón y pasar mi vida.

Me parece que he llegado a ser una estatua a orillas del río del tiempo, que asisto a algún misterio del que he de salir viejo o sin edad...Me siento anónimo, impersonal, la vista fija como la de un muerto, el espíritu vago y universal como la nada o lo absoluto; estoy en suspenso, soy como no siendo”.

Catorce años después, Amiel describe la misma experiencia en términos más incisivos aún: “¿Es el soplo de las cosas eternas lo que te causa el estremecimiento de Job? ¿Qué es el hombre, esta hierba, que un rayo hace marchitar? ¿Qué es nuestra vida en el abismo infinito? Experimento una especie de terror sagrado, y no solamente por mí, sino también por mi especie, por todo lo que es mortal. Siento, como Buda, girar la gran rueda, la rueda de la ilusión universal, y en este mudo estupor hay una verdadera angustia. Isis levanta la punta de su velo, y el vértigo de la contemplación fulmina a quien percibe el gran misterio. No oso respirar, me parece estar colgado de un hilo sobre el abismo insondable de los destinos. ¿Es esto un estar frente a frente con el infinito, la intuición de la gran muerte?”.

Desde honduras más someras y en otro paisaje anímico, dicen unos versos del “Libro de las Horas” del poeta Riner María Rilke: “*Ich liebe meines Wesens Dunkelstunden...*”, “Amo las horas oscuras de mi ser, en las que todos mis sentidos se pierden. En ellas he hallado, como en viejas cartas, mi vida cotidiana como algo ya vivido, y cual una leyenda lejana y superada”.

Si se leen estos testimonios de Amiel y de Rilke (que elegimos entre otros, sólo por su claridad y brevedad), y se los compara con la descripción de la experiencia metafísica hecha por Schopenhauer, no se podrá menos de advertir las semejanzas, su identidad fundamental.

Pero, a pesar de la universalidad de la experiencia metafísica, ella tiene en el temple de alma del metafísico carácter o función distinta que en los demás. Por mucho que los límites de la metafísica con la poesía y la noción introspectiva sean imprecisos, por más que en ese confín desierto haya regiones que son “tierra de nadie”, con todo, siempre se puede anotar esta diferencia. Mientras que el poeta y el vivisector de su propia alma, luego de la experiencia metafísica, pasan a otra cosa (a la descripción de otras vivencias; a otros ayes, ficciones o cantares), el metafísico es hombre de *espera*: espera *la* respuesta. (Respuesta que siente que debe merecer, y, a lo mejor, empeñándose no sólo con el pensamiento.)

Es ya poco probable que la respuesta que exige la experiencia metafísica pueda consistir en un sistema racional y científico, un saber absoluto, una imagen total y transparente de la realidad. Mucho mejor, tal vez, se la sospecha y entrevé, de tiempo en tiempo, pero desde antiguo, como una especie de saber *de salvación*.